

EN TORNO A "PRIMER OFERTORIO", LIBRO DE POEMAS DE EDUARDO DE ROUX

Escribe: NOEL ESTRADA ROLDAN

El estado eclesiástico, a través de sus diversas órdenes religiosas, ha producido no pocos y esclarecidos cultores de las artes y el humanismo. La meditación mística, vinculada a los fines supremos de la creación intelectual, no puede menos que traducirse en fecundos aciertos de introspección humana y en sazonados frutos de realización artística. Sin embargo, para obtener esa vendimia, seres como Tirso de Molina, Lope de Vega, San Juan de la Cruz, Calderón de la Barca y los Luises, etc., hubieron de sostener una lucha titánica para erradicar de su labor literaria las disolventes interferencias del dogmatismo moral, cuya aplicación indiscriminada en los dominios del arte anularía su peculiar jerarquía, destruyendo de ese modo la necesaria equidistancia que este debe mantener entre la vida y la ética.

La lectura del libro de poemas titulado *Primer Ofertorio*, escrito por el sacerdote Jesuita Eduardo de Roux, al sugerir el presente comentario y suscitar el preámbulo anterior, nos permite ubicarlo dentro del cuadro de valores que la lírica reserva a quienes, en una época traumatizada por la especialización y la tecnocracia, saben hallar en la Naturaleza el tema que ilumina sus cantos, y les permite redescubrir, al contacto de los elementos vitales de la creación, la unidad primigenia que el hombre tuvo dentro de su contorno telúrico, antes de tener conciencia del "Paraíso Perdido" y de sentir mutilada la afinidad de sus sueños y esperanzas.

En efecto, en algunos de los poemas del Padre de Roux, transparece la nostalgia fecunda del paisaje, no como cartabón o apoyatura temática, sino en función de las vivencias espirituales del hombre. La Naturaleza, tal como se ofrece en el poema *Amor*, del libro que comentamos, es un trasunto de la interioridad humana, y, analizada como "estado de alma", cumple una especie de acontecer histórico, dentro del cual el hombre y la Naturaleza integran su autenticidad y cumplen el imperativo categórico implícito en los versos finales del poema aludido.....

*Que se vician las fuentes que no entregan sus aguas
y se pudren los frutos que no entregan su miel.*

La modalidad lírica de los poemas que integran este libro, sus vinculaciones orgánicas con la Naturaleza, le confieren una filiación romántica

que, deliberada o espontáneamente, constituye una requisitoria contra las aberraciones del llamado "Arte Nuevo", cuyo buceo en la complejidad del subconciente ha acelerado el proceso de "Deshumanización del Arte". Cuando Rousseau escribió "que el hombre que medita es un animal depravado", empezaba a percatarse de que la caducidad histórica del romanticismo se cumpliría cuando el parentesco telúrico del hombre quedara definitivamente roto.

Las previsiones del progenitor del romanticismo se han cumplido, por desdicha, y lo que fuera premonición sana para retornar a la Naturaleza, glorificación lírica de los instintos vitales del hombre, yace en ruinas. Los viejos frisos, plasmados por la vigencia estética del eudemonismo helénico, permanecen ocultos —¿hasta cuándo?— por una vegetación artística que el invernadero de los "Ismos" convierte en forraje intelectual del hombre contemporáneo. Estos "nuevos alimentos" están cargados de alcaloides cuyo efecto no hará más que intensificar el metabolismo de la angustia humana y confinar en un reducto de insania y de locura los distintivos ontológicos que permitieron al hombre constituirse en amo de su propio destino.

Por fortuna, no todo es cerrazón antirromántica. La aparición esporádica de libros como *Primer Ofertorio*, nos ofrece el alborozo de entrever, bajo el follaje ululante y emponzoñado del arte contemporáneo, los muñones emotivos, los contornos apedazados de una sensibilidad lírica cuya reconstrucción servirá al hombre del futuro para orientar la nostalgia de nuevos y jamás periclitados Renacimientos.